



EN BUSCA DE

Audrey

ALTEA MORGAN



EN BUSCA DE

Audrey

ALTEA MORGAN



EDICIONESKIWI

EDICIONES KIWI, 2024
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, marzo 2024
IMPRESO EN LA UE
ISBN: 978-84-19939-24-1
Depósito Legal: CS 81-2024
© del texto, Altea Morgan
© de la cubierta, Borja Puig
© de la foto de cubierta, shutterstock
Corrección, Ana M^a Benítez

Código THEMA: FR

Copyright © 2024 Ediciones Kiwi S.L.
www.edicioneskiwi.com

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

NOTA DEL EDITOR

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Para Ángel, por darme el tiempo;
y para Darío, por quitármelo.

I

¿Cómo he llegado a este lugar?

Audrey guardaba un secreto.

Y sabía que no lo estaba escondiendo muy bien.

La señora Dalloway, su jefa en la cafetería, llevaba varios días lanzándole indirectas; también lo hacía Matty, cuando se cruzaba con él, o Pamela, la única amiga que había forjado desde que había llegado a ese pueblo hacía solo unos meses.

Stormy Crown podía llegar a ser agotador. Ubicado entre montañas y cerca de un lago donde veraneaban muchas familias ricas de la zona, tras el verano se moría un poco y quedaban solo los habitantes habituales, que pasaban todo el año en el pueblo. Audrey había aterrizado justo al principio de la temporada, en junio, cuando aún no habían llegado todos los turistas. Había conseguido un trabajo, en la cafetería del centro de la señora Dalloway, y se había instalado en una casita frente al lago —algo destartalada— que le alquilaba su propia jefa y que ninguna persona en su sano juicio querría. Pero a ella le gustaba, ya que no tenía que rendir cuentas a nadie.

Audrey había contactado con la señora Dalloway, Molly, para los amigos, para alquilarle la casa por un mes, pues necesitaba desconectar. Había llegado con una maleta y un ordenador portátil. Lo único que pidió fue una cama y un cuarto de baño en condiciones. Y eso obtuvo, junto con un frigorífico funcional, poco más. Los muebles de su casa habrían estado bien en los años sesenta, al igual que la decoración, pero Audie pensó que, para el tiempo que iba a estar allí, no merecía la pena hacer nada.

Había gastado algo de dinero en efectivo que llevaba encima, cuando había dado carpetazo a su vida anterior, en un coche de

segunda o tercera mano que le pareció cómodo. Amarillo, al que solo se le abrían las dos puertas de la izquierda y de una marca que ella no conocía; había visto tiempos mejores, sin lugar a dudas. En el pueblo lo llamaban «el Huevo Ruidoso».

La primera semana, la había pasado encerrada mirando el techo, con el teléfono apagado y sin ganas de nada. Solo se levantó cuando su reserva de tortitas y chucherías había acabado. Así que bajó al pueblo, entró en el establecimiento de Sam Winston, que también era el alcalde, y, cuando fue a pagar, su tarjeta estaba bloqueada. Fantástico.

Según el Stormy Crown Paper, el periódico local, nunca se habían escuchado tantos tacos y tan variados en años, ¡y menos en plena temporada de verano! Audrey tuvo que dejar la compra y salió a la calle con el estómago vacío. Se puso las gafas de sol y se marchó a ver a su casera, para ver si, como ella misma le había dicho el primer día, podía ayudarla en todo lo que necesitase.

Molly la observó como si fuese un bicho raro. Audrey lo tuvo claro; hacía una semana que no se duchaba, así que tenía el pelo hecho un desastre, ya que sus bucles pelirrojos no se cuidaban solos. Hacía tan solo un mes estaba sentada en una peluquería arreglándoselo para el cumpleaños de Bree, nunca pensó que se encontraría así solo unas semanas más tarde. No era que Audie se hubiese preocupado mucho por su aspecto en el pasado, ya que ella se consideraba el patito feo comparada con su hermana —la del cumpleaños, que sí sabía sacarse partido—, pero la verdad era que la falta de higiene podía resultar abrumadora. Se avergonzó y, aun así, se acercó a Molly.

«¿Qué sabes hacer, Audrey?», le había preguntado. Y Audie pensó que era muy buena pregunta. ¿Qué sabía hacer?

«Soy buena con los números».

«¿Contabilidad y esas cosas?».

«Sí, claro».

«¿Y cómo llevas lo de servir platos?».

¿Ella? ¿Servir platos? Había pensado en decir que mal, cuando su estómago rugió.

«Puedo intentarlo».

«Pues bien, si trabajas por las mañanas en los desayunos y por las tardes en la contabilidad del local, tendrás un sueldo completo. Aunque, si por la tarde me hace falta una mano, espero que estés preparada», había dicho su jefa con un tono que denotaba poca fe.

«Claro, pero me voy a quedar un mes, a lo sumo dos».

Y ya llevaba casi cuatro meses en ese pueblo, donde todos pensaban que Audrey guardaba un secreto.

¿Y por qué lo sabía ella? Porque había sido portada del Stormy Crown Paper con un titular que decía: «¿Guarda Audrey Campbell un secreto?». Crónica escrita por Matthew Anderson, con el que una noche, tras haber estado bebiendo en la fiesta para despedir el verano que había organizado el alcalde, estuvo a punto de liarse, pero no ocurrió. Bueno, decir que ella era la noticia de portada era una exageración, ya que salía en la esquina inferior derecha, pequeña, junto al cupón del cine. La portada era para la producción de una película cerca del lago. Todo el equipo de rodaje se hospedaba en varias mansiones de los ricachones del lugar, que habían alquilado, y, aunque solo estaban en Stormy Crown una semana, solo los ayudantes habían bajado al pueblo. Por ellos sabían que los actores principales aún no habían llegado, que tardarían todavía un tiempo, que ellos estaban preparando el terreno y arreglando los decorados. Había rumores sobre fiestas casi todas las noches y de unas cuantas tonterías más que Audrey había obviado. Entre otras cosas, porque ella no leía el periódico local, que se editaba cada semana. Y, aunque salió el martes y estaban a jueves, ella lo había ignorado. Como siempre. En nada apreciaba saber las pequeñas minucias que ya comentaban sus parroquianos o los titulares inventados.

Se acercó a la barra. Donde Pam, la única chica que podía considerar amiga en el pueblo, se tomaba un delicioso café descafeinado con guindilla, que decía que le calmaba las náuseas de su

embarazo. Estaba de tres meses, pasaba mucho tiempo con ella y con sus excentricidades de preñada. Al principio, Audie no se lo agradecía, prefería la soledad en sus horas muertas, pero ahora se había convertido en una relación sólida de amistad, ya que para Pamela ella era de las pocas chicas de su edad que todavía quedaban tras la espantada del verano y sin hijos. Eso se acabaría en unos meses para Pam, que sería otra más del club de las mamás de Stormy Crown.

—¿«Guarda Audrey Campbell un secreto»? —dijo su amiga con voz profunda, burlándose de ella.

—¿Qué? —preguntó la aludida. Pamela le enseñó el periódico.

—Llevo dos días, ¡dos días!, esperando a que leas esto —exclamó mientras se lo restregaba por la cara—. Ni dejándotelo en cada esquina de la cafetería le has hecho caso. Y la gente habla... Por cierto, ¿qué le has hecho a Matty? Normalmente es raro, pero un amor.

¿Que qué le había hecho a Matthew? Pues, sin contar el par de besos que se habían dado —quizá también se habían metido algo de mano, no lo recordaba bien—, nada de nada. Lo mismo ese era el problema. Al principio, había sido agradable, pero luego se acordó de otros besos, de otras manos, de otra vida, y le dijo que no podía continuar. Cuando él le preguntó qué ocurría, le susurró que no podía hablar y salió corriendo. Vale, sí, había podido herir su orgullo, pero no era para tanto. Había intentado solucionarlo en un par de ocasiones, y había creído que con la invitación a un par de desayunos, unas sonrisas y buena conversación lo había logrado.

Miró el reloj, eran las siete de la tarde. Ella no debería estar trabajando de camarera a esa hora según el contrato verbal, y luego escrito, que había firmado con Molly, pero su jefa tenía una función en el colegio de sus hijos y no había nadie que pudiera cuidar del local. Las mujeres de Stormy Crown que pasaban la treintena tenían de dos a cuatro hijos ruidosos, algo que ella aún no estaba preparada para afrontar, y eso que tenía ya veintiocho años.

Buscó con la mirada a Matthew, a esa hora era posible que viniese a cenar al local; lo hacía unas tres o cuatro veces por semana. Se asomó a uno de los ventanales y lo vio en un lateral de la plaza hablando con un hombre, que estaba de espaldas y que no le sonaba de nada. Bueno, le dio igual.

Audrey había tenido que huir de sus problemas en una ocasión, no había podido superar lo ocurrido. Sin embargo, que un escritorillo de tres al cuarto —que, según él, había sido guionista en Hollywood— le tomara el pelo por un par de besos... no le hacía ninguna gracia.

—Vigíame la barra, Pam, ¿vale?

—¿Adónde vas?

Cogió el periódico y se fue disparada a estampárselo a Matthew en el pecho. Cuando lo hizo, el reportero se quedó quieto, pero pronto esbozó una sonrisa en su boca.

—¿De qué te ríes? —casi le gritó.

—Estoy esperando tu reacción hace ya días, y nada. Por fin te das cuenta de algo.

—¡Serás idiota! ¿Para qué me pones en boca de todos?

—Era eso o escribir sobre la sidra de la señora Moore. Tú parecías más interesante.

—¡Yo no guardo ningún secreto! ¡Rectifica esto, Anderson! —dijo señalando el periódico que sujetaba él.

—Eso no es lo que dicen mis fuentes...

—¿Qué fuentes? ¿Qué dices? En serio, Matt, rectifica eso.

—Mira, tal y como yo lo veo, rectificarlo sería un error. En este pueblo necesitan, al menos una vez al mes, un buen cotilleo. Están cansados de la poesía de la estación o de las cartas del alcalde. Y ahora te ha tocado a ti. Felicidades, ya eres parte de nuestra amada comunidad. Pero, si en el siguiente número hablase de nuevo de ti, seguro que se lo tomarían en serio. Ahora eres una más. Bienvenida a Stormy Crown, señorita Campbell.

—¡Eres insufrible!

—Siempre a tus pies, preciosa.

Audrey bufó y se marchó a rumiar las tonterías de Matthew, pero giró la cabeza cuando el otro hombre, al que no había prestado mucha atención, preguntó quién era ella.

Se quedó paralizada por un momento. Si estuviese en un garito de Nueva York con Bree, su hermana, y sus amigas, seguramente todas se hubiesen girado a verlo. Moreno, ojos azules, pelo largo, un tatuaje asomando por su cuello y un cuerpo de escándalo. Cuando se dio cuenta de su repaso, le lanzó una sonrisa matadora. Audrey se recompuso y se marchó a su trabajo.

En otra vida, cuando ella era ella y no esa versión descafeinada... No se quería engañar, él se hubiese fijado en Bree, su hermana pequeña. Que era más guapa, tenía más estilo y siempre se los llevaba a todos, a todos.

Ese había sido el problema.

Ese había sido parte del secreto que guardaba Audrey.

2

Es muy complicado tener secretos

Audrey no había hecho deporte en toda su vida. Había hecho régimen cuando su madre se metía mucho con ella y había tenido problemas con la comida desde la adolescencia. Sin embargo, cuando se separó de su familia unos meses atrás todo cambió. Vivir tan cerca del lago fue la excusa perfecta para comenzar a dar largos paseos junto a Ron, un gato callejero que se le unía y que casi vivía con ella. De andar, pasó a correr, y tras aquel verano incierto era una de sus actividades favoritas.

Se puso a calentar, buscó la lista de reproducción que se titulaba «Por el lago», llamó a Ron y comenzó su paseo diario. Cuando *Livin' on a Prayer* llegó a su estribillo, acostumbrada a no ver a nadie, se dejó llevar por Bon Jovi y saltó y cantó. Sin vergüenza, al saber que nadie la veía. Cuando acabó, entre canción y canción escuchó unas palmas. Se giró y era el chico que estaba con Matty la noche anterior.

—¡Joder! —exclamó. No solo por la pillada, también por él. Ojitos Azules llevaba unos pantalones de chándal negros y una camiseta de tirantes que dejaba ver más sus tatuajes y sus músculos. Con el pelo recogido en una coleta, los ojos destacaban mucho más.

Hacía muchos meses que no se acostaba con nadie, y eso le estaba pasando factura.

—Buen espectáculo, Audrey Campbell. Lo malo es que no sé qué canción era con tanto grito...

Audie puso los ojos en blanco.

—¿En serio? ¡Estaba clarísimo! —Se ofendió.

—Hm, nop. Te juro que han sido unos gritos artísticos, pero poco más.

Él sonrió. Dientes, multitud de dientes blancos. ¿Es que ese hombre no tenía nada mal? Un diente pequeño torcido habría ayudado a bajar su calentón, ¿no?

Se acercó a ella. Mierda, ¿no podía ser en otro momento menos sudada?

—A ver, señorita Campbell, ¿puedes cantarlo ahora con público?

—Solo si tú lo haces conmigo.

—¿Si no sé ni qué canción es! ¿Algo de *country*? ¿Un rap?

—¡Anda ya, ojitos azules! —Se le escapó el mote que se había ganado con esos ojazos cristalinos—. Era Bon Jovi.

—¿Ojitos azules?

Audrey comenzó a marcharse, no le apetecía tontear con él. Sabía que no llegaría a nada. Un tío como Ojitos Azules quería un lío de una noche con una mujer mucho más espectacular que ella. Y, en el fondo, también se moría un poco de vergüenza.

—Musculitos, ojitos azules, coletita..., sordo... —dijo a media voz, y le dijo adiós con la mano.

—¿No quieres saber cómo me llamo? —le gritó.

—Con «ojitos azules» me vale.

Él le dijo algo, pero Audrey se puso los auriculares y se marchó. Ya no sabía cómo hablar con un chico que tonteaba con ella, si es que era eso lo que había ocurrido. Con Matt fue distinto, ya que habían bebido algo y tenía confianza con él.

Nunca había tenido sexo con un hombre de una noche. Primero habían sido amigos y luego ya pasaban a parejas. Y no es que hubiese tenido muchos. De repente, se paró, se giró y él ya no estaba cerca. Lo mismo Ojitos Azules no estaba tonteando, solo quería ser amable, y ella se había comportado como una idiota.

Le debía una disculpa a Ojitos Azules, una buena.



Pamela se había empeñado en pasarlo bien hasta que su embarazo fuese más que obvio. No podía beber, pero sí que podía bailar y pasar un buen rato. Y eso solían hacer siempre que podían. Así que el viernes por la tarde de esa semana en la que fue portada del periódico, Audrey había pasado un rato arreglando la casa a su gusto, sin poner Bon Jovi ni por un momento. Molly le había dado permiso. Nunca había sido muy buena con las manualidades; sin embargo, o lo hacía ella, o no lo hacía nadie. Había hecho verdaderos desastres, pero, con su sueldo de cada semana, guardaba algo para la casa. En ocasiones, se preguntaba por qué hacía eso si estaba a punto de marcharse, y no encontraba respuesta alguna. Había llegado por un mes, pero cada vez se sentía más en casa que en su antiguo piso.

Tras pasar una tarde lijando, pintando y decorando, se duchó y se vistió. Había quedado con Pam para tomar algo en el único bar que seguía abierto tras el verano: el de Dolores. Audrey no podía decir que Stormy Crown fuese un lugar aburrido. Vale, no entraba dentro de los estándares de Nueva York, aunque en ocasiones, para ella, era mucho mejor. Al menos una vez al mes, el alcalde organizaba algún tipo de festival en la plaza del pueblo; el de ese mes, septiembre, era una especie de circo, donde cada ciudadano podía interpretar algún puesto. Pam las había apuntado, sin que ella lo supiera, para hacer de pitonisas. Al parecer, lo hacían todos los años, y conseguir la caseta de adivinar el futuro era un buen puesto. Molly se lo había envidiado. Estaban todos chiflados.

Cogió el Huevo Ruidoso para recoger a su amiga, mientras que pensaba en la conversación que había mantenido con Linus, su hermano mayor, con el que estaba en punto muerto.

Linus no entraba en razón, no entendía nada. Solo pensaba en el negocio y poco más. ¿Y qué pasaba con ella? Nada. Su familia

necesitaba un curso intensivo de empatía. Quizá salvo Nathan, que la habría apoyado en todo. Pero, como no sabía dónde estaba, no podía hablar con él. Hacía meses que ni se comunicaban. Era el hermano mayor y había decidido vivir su vida lejos de Nueva York, como ahora también lo había decidido ella. Nate era una persona centrada, era médico en una ONG y daba su vida por los demás. El problema de Audie era que no sabía ni lo que quería ni lo que podría hacer ni nada. Se encontraba perdida.

Que Pam entrase en el coche fue casi una bendición para Audrey, ya que no le apetecía seguir dándole vueltas a lo de siempre. Su desastre de vida. Aunque no fue una operación sencilla. Ella tuvo que salir y dejar que su amiga se deslizara hasta el asiento del copiloto. La otra opción, la de sentarse detrás, la odiaba, porque parecía un taxi.

—En serio, Audrey, tienes que arreglar las puertas de este bicho.

—No tengo dinero.

—Yo te lo presto.

—No quiero, está bien.

—Cuando esté tan gorda que parezca que me he tragado una sandía entera, no sé cómo lo voy a hacer...

—Vale, para entonces lo habré arreglado. Todo por ti y por tu sandía.

Pam asintió y sonrió. Tocaba cambiar de tercio.

—¡No sabes de lo que me he enterado! ¿Te acuerdas del tío guapísimo que hablaba con Matty ayer?

—No lo sé, Pam, casi ni me fijé... —mintió como una bellaca. Estaba avergonzada por lo ocurrido con él esa misma mañana.

—¡Claro! ¡Y yo soy monja! Solo voy a decirte que, cuando te marchaste airada de hablar con Matty, se quedó mirándote el culo.

—Audrey frunció el ceño—. Y no me creo ni por un momento que no te fijases en él. En fin, a lo que iba, que es parte del rodaje de la película que se va a grabar en el lago... Lo que no sé es qué puesto tiene. Yo diría que es actor, con ese cuerpo y esa cara.

—En serio, no me fijé tanto.

- Sí, ya. ¿Tendrá Dolores sidra de la señora Moore?
—Y qué más te da, si no puedes beber...
—Mierda, a veces se me olvida que estoy embarazada.
—Solo para lo que te interesa...

Cuando Audrey había llegado a Stormy Crown, Pamela había estado liada con Martin, un inglés que estaba de visita, algo así como de viaje espiritual por Estados Unidos en coche. Cuando se marchó, ella comenzó con las náuseas, hasta que un médico le dijo lo que estaba ocurriendo. Por alguna razón que Audie desconocía por aquel entonces, en vez de buscar a alguna de sus amigas de toda la vida o a su familia, se presentó en su casa llorando. Con el tiempo le confesó que todas sus amigas tenían ya hijos y la mera posibilidad de pensar en no tener el niño no podía entrar en una conversación con ellas. Había pensado que con Audrey sí podría, y no se equivocó. Eso las hizo inseparables. Que luego Pam decidiera seguir con el embarazo fue una decisión suya y solo suya. Audie no influyó en ningún sentido, solo la escuchó.

Cuando entraron en el local, Ally, la mujer de Dolores, la dueña, estaba sentada en la barra. Eso era justo lo que Audrey tenía pensado: pasar un rato con las chicas. Ally regentaba una tienda de comestibles donde podías encontrar multitud de *delicatessen*. No le hacía competencia al alcalde, ya que cada uno vendía cosas muy distintas. Podría parecer que un local así no tendría cabida en un pueblo tan pequeño, pero lo cierto era que con el turismo del verano podían vivir el resto del año, y los habitantes se habían acostumbrado a comprarle también alguna que otra cosa. Su verdadera fuente de ingresos era el bar de Dolores, que, paradójicamente, solo abría de jueves a domingo. A Audrey le encantaba la pareja, siempre la habían hecho sentirse una más del pueblo. Pidieron sus bebidas, la de Pam sin alcohol, y se pasaron un rato entre risas y bailes. Tras una carcajada que hizo que se echase para atrás, pues Ally estaba contando que uno de los últimos turistas del verano se había ofendido porque en su tienda de *delicatessen* no tuviera orugas caramelizadas, se dio un golpe con otro cliente.

—Lo siento.

Al girarse, se encontró con Ojitos Azules. Con su sonrisa socarrona, más bien.

Vaya, era un pueblo pequeño.

—No pasa nada, pelirroja.

—Oh, yo también tengo mote.

—Ni te has molestado por saber mi nombre, creo que es lo justo, ¿no?

Se acercó Dolores, le pidió una bebida en voz alta y le dijo algo al oído. Le sirvió una cerveza y le dedicó una sonrisa a Audrey antes de marcharse. Cerró los ojos con pesar. Le debía una disculpa, así que lo buscó para hacerlo. Ojitos Azules estaba sentado en una mesa con unas chicas y con Matty. Las dos eran bastante guapas, se reían de forma exagerada, y parecía que esa noche ninguno se iría solo a casa. Tomó aire para ir a hablar con él, pero, cuando comenzó a sonar *Livin' on a Prayer* en los altavoces, se puso roja. Ojitos Azules levantó su copa y sonrió tras ella. No le dirigió ni una mirada más en el resto de la noche.



El sábado por la mañana Audrey no trabajaba, por eso le encantaba pasar el día en casa o visitando con Pam los pueblos vecinos. Por ser ese día de la semana, salió con una sonrisa en la boca a dar su paseo matutino diario. Pero lo que se encontró no era el panorama habitual: Ojitos Azules, sentado en una piedra acariciando a Ron. Vaya con su gato.

—Buenos días, pelirroja. ¿Lista? —Se levantó y se puso a hacer calentamientos.

—Pensé que... —Audrey se cortó, no debía decirle que pensaba que se había pasado toda la noche con la chica del bar. No era asunto suyo. Lo que sí era, sin lugar a dudas, era pedirle disculpas—. Perdona.

—¿Eh? —Él se quedó parado, sujetándose una pierna con el brazo para estirar.

—Perdona por lo de ayer, no debí llamarte «ojitos azules».

—Bueno, no está mal. Me han llamado cosas peores. ¿Ya quieres saber mi nombre?

—Por favor.

—Vaya... —Sonrió y dejó que ella viera esa magia que hacía con su sonrisa. Audrey creyó que ese hombre estaba más que acostumbrado a que todo el mundo se rindiese a sus pies. Tenía esa aura arrolladora de saber que era irresistible—. Soy Liam Howards, encantado. ¿Vamos?

A Audrey todavía le costaba correr y hablar, no era lo suyo, estaba comenzando con el deporte. Sin embargo, Liam no tenía ningún problema. Se rio de ella en algún momento por no poder seguirle el ritmo, le cantó varias canciones de Bon Jovi y amplió repertorio con otras canciones de los ochenta. Cuando llegó a *Take on Me*, Audie no pudo más y le dio un codazo. Si la volvía a hacer reír, no conseguiría acabar. Y no, no pudo. Así que se paró y se tiró en el suelo. Volvería andando.

—¿Cómo has acabado aquí, pelirroja?

—Por casualidad, necesitaba cambiar de aires y aquí acabé. Sin más. ¿Y tú?

—Pensé que lo sabías, estoy aquí con la producción.

—¿Actor? —preguntó, a raíz de la teoría de Pam.

—No —negó con un tono extraño en la voz. Audrey creyó que era porque todo el mundo creería que con ese cuerpo y esos ojos solo podría ser actor—. Soy ayudante de dirección. Por eso estoy aquí antes de tiempo, ayudando con todo desde el principio.

Ella se levantó con la ayuda de Liam, y sonrieron.

—Sin embargo —dijo él mientras ponían rumbo a su casa caminando—, me da la sensación de que tu historia es un poco más larga que «por casualidad, quería cambiar de aires...» —imitó su voz y volvió a despistarla con su sonrisa—. No por algo, según el muy fiable periódico local, guardas un secreto, Audrey.

—Vaya, ¿y qué secreto crees que pueda ser, ojitos azules?

—Conque volvemos a los motes... Estás pasando droga.

—Nop. ¿En serio tengo pinta de camello?

—Si algo nos enseña *Narcos* es que cualquiera puede serlo.

—¿Qué es *Narcos*?

—Una serie.

—Ah, yo no veo la tele.

Liam se paró y la observó de arriba abajo como si fuese otra persona, como si se hubiese convertido en un bicho muy raro salido del averno. Puso cara rara y continuó su paso.

—No guardo ningún secreto importante. A ver, todos guardamos secretos, ¿no? Pero en el fondo solo soy una mala camarera a la que se le dan bien los números. No hay más, Liam.

Él no contestó nada. Rumió algo hasta que llegaron a la puerta de casa de Audrey con Ron a su lado.

—¿Puedo decirte una cosa? —le preguntó Liam.

—Claro.

—No parece que seas solo una camarera... —Se puso a dar saltitos y comenzó a andar para atrás—. Y me intrigas.

Se marchó, no sin antes guiñarle un ojo.

¿Ella? ¿Le intrigaba ella?

3

Una pitonisa sin futuro

Audrey se encontró todas las mañanas a Liam jugando con Ron. Corrían un rato, se contaban tonterías de su día a día y se despedían. Así se instaló en su rutina como el trabajo, como las llamadas de los viernes de Linus o salir con Pam al bar de Dolores. Cada vez que iba con su amiga a tomar algo, veía a Liam y a Matty con alguna que otra chica, y nunca eran las mismas. Ojitos Azules le pedía cada viernes por la noche una canción de Bon Jovi y se la dedicaba. Pam comenzó a sospechar algo al tercer viernes seguido, y se lo tuvo que contar. Su amiga era una romántica empedernida, todavía creía que Martin aparecía con un caballo blanco por ella, así que comenzó a hacerse ilusiones sobre ella y Liam.

Nada que ver con la realidad.

Ni Liam quería nada con ella ni Audrey se veía con ganas de empezar nada.

El sábado, tras hacer un turno por la mañana como favor a su jefa, Pam y ella fueron a colocar su caseta en la plaza. Tocaba hacer de pitonisa. Decidieron comer un bocata mientras escribían sobres de la fortuna, un plus que le iban a dar a los clientes. Durante los años anteriores, las demás pitonisas solo habían leído el futuro o respondido preguntas a través de una bola de cristal. Ellas querían innovar con una mesa llena de sobres con frases sobre el futuro de quien lo comprara. A dólar, oiga. Baratito.

—¿Qué te parece «Te alistarás en el ejército»? —preguntó Audrey tras haber agotado las predicciones típicas del amor, la salud, la familia y el trabajo.

—¡Me parece perfecto! ¡Lo compro! —Pam, con sus ojos verdes y su rubio natural, se quedó pensativa achicando la mirada—. ¿Y «Adoptarás una cabra»?

—¿Una cabra? ¿En serio?

—Me parece interesante tener una cabra.

—Pues nada, ya sé qué regalarte cuando nazca el bebé...

—¿A mí o al niño?

—¡A los dos! Le pediré una a la señora Millie.

—¡Tengo otra! —la interrumpió Pamela—. «Ganaras un oro olímpico».

—¡Esa es fantástica!

—Lo sé, pequeña aprendiz de vidente.

—¡Tengo otra, Pam! Creo que es buena: «Le pondrás voz a un teleñeco».

—Me matas, Audie.

—¿Y «Un invento te hará millonario pero desgraciado»?

—Vaya, esa es triste, pero me vale.

Así continuaron durante un rato hasta tener cada una unas cuantas. Pensaban cobrar cinco dólares por predicción y uno por un sobre con su futuro. El dinero iba destinado a mejorar parte del mobiliario urbano. Siempre había algo que arreglar en el pueblo y, si no, se lo inventaban. Sus fiestas mensuales se habían hecho famosas entre los pueblos de alrededor y ya era como un espectáculo en sí.

Pamela se disfrazó de pitonisa sexi, pero Audrey no. Le parecía algo más divertido que otra cosa. Decidieron que la primera sería quien se metería en la tienda para leer la mano mientras Audie vendía sobres y, pasado un rato, lo harían al revés. En la primera hora, Pamela tuvo tres clientes y Audrey vendió quince sobres. ¡Todo un éxito!

Molly pasó con sus hijos, ella compró un sobre de la fortuna.

—«Viajarás al Congo belga». —Levantó las cejas y sonrió—. Creo que no podrías haber dicho una tontería mayor. El Congo belga, ¿eso existe?

—Sí, está en África. —Era el último lugar donde sabía que había estado su hermano Nathan con su ONG—. Te lo aseguro.

—Vaya imaginación. Como Pam sea igual de buena...

—¡Es mejor!

—Al menos es divertido, Audie. ¡Buen trabajo! —Le dio un abrazo y se marchó con su familia a disfrutar del festival.

El olor del puesto de al lado era fantástico. Olía a especias y a carne a la brasa. Como no sabía bien cómo vender sus servicios de futuróloga despistada, recolocó los sobres, los mareó y sonrió a todo aquel que quisiera pasarse. Cuando Pamela salió con el último cliente, era la hora del cambio.

—Audrey, ¡esto es divertidísimo! Te va a encantar.

—Pues sigue tú leyendo la mano. Yo sigo con los sobres, no me importa.

Y allí estaba, la antigua Audrey, la que no sabía vivir sin hacer que los demás se sintieran bien, sin pensar en ella. Pero realmente quería a Pam, y quedarse con los sobres era una tontería comparado con su amistad. Sonrió. La antigua Audrey nunca se marcharía de Nueva York ni se vestiría de pitonisa, pero ahora lo hacía y estaba rodeada de personas mucho mejores.

—¡No seas tonta! Te compro un burrito y te lo comes mientras llega el siguiente cliente.

Le guiñó un ojo, e hizo que supiera que ella era, con diferencia, la mejor amiga que podía haber encontrado en la huida hacia delante en que se había convertido su vida.

Se metió en la tienda, la habían decorado con poca luz para que todo fuese mucho más místico. No sabía hasta qué punto engullir un burrito con un refresco en cuestión de minutos podía darle credibilidad a su papel, pero, como nadie la había visto, no comprometía su profesionalidad.

—Toc, toc. —Escuchó desde fuera. Por alguna razón, esa voz ya se había incluido en el registro de los sonidos que más le gustaban en el mundo entero.

Se tocó la cara para quitar posibles restos de salsa, se arregló el pelo y, con una voz profunda imitando a alguien más místico, le dijo:

—Pase.

La sonrisa de Liam fue lo primero que intuó cuando abrió la puerta, que no era otra cosa que una tela de colores. Llevaba una camiseta de manga corta negra y unos vaqueros algo usados y rotos. Sus ojos se clavaron en ella con una mirada socarrona.

—Me han dicho que aquí dentro puedo hablar con *madame* Audrey —dijo con intriga. Maldita Pamela, que quería hacer de casamentera. O eso le había dicho en el momento en que le comentó que hacía meses que no se acostaba con nadie.

Audrey apagó una risa.

—Pase y siéntese. Su futuro le espera —dijo intentando parecer seria, aunque no podía.

—Hm, qué interesante. —Se sentó frente a ella—. ¿Puedo hacer preguntas o directamente me lo dice la pitonisa?

—Como desee... —Su tono sonó sensual, casi una declaración.

Liam sonrió y no apartó su mirada de la de ella. Tomó aire, parecía que iba a decir algo, pero no. Se acomodó en la silla y susurró:

—Léeme el futuro, Audrey.

—Dame tu mano. —Liam no se lo pensó y, sin dejar de mirarla a los ojos, se la tendió. Audrey primero cogió su mano como si fuese algo muy delicado que se podía romper. Casi con miedo. Sentir su roce más allá de algún empujón cuando salían a correr fue como si un relámpago la atravesara, una explosión que sintió en su interior. Y la mirada fija de Liam no ayudaba en absoluto—. Aquí veo un viaje muy importante, ¿ves? —Se inventó esa tontería, lo primero que le vino a la cabeza—. Es un viaje que te cambiará la vida.

—¿A Stormy Crown?

—Bueno, o a Madagascar. El sitio no lo dice la línea de tu mano.

—Vaya, qué pena. ¿Y en qué me va a cambiar el viaje?

Piensa en algo ambiguo, piensa en algo ambiguo...

—Pues te va a cambiar en profundidad, algo trascendental...
—Se quiso hacer la mística.

—¿Como qué?

—Como un cambio de sexo, por ejemplo.

¡Vaya, Audrey!

—Joder, eso no me lo imaginaba. —Se rio, con una carcajada limpia—. ¿Y en el trabajo? ¿Voy a dejar el mundo del espectáculo y me voy a hacer abogado, como quiere mi madre?

—No, aquí dice claramente que el camino que sigues es el correcto, que solo te desviarás un poco.

—¿Cuánto es un poco?

—No hay unidad de medida que mida el futuro.

—Bueno, pues ahora quiero hacer preguntas. ¿También verá las repuestas en mi mano, *madame* Audrey?

—No. —A su pesar, tuvo que dejar su mano y sacar las cartas, que era una baraja antigua que habían usado otros años para esa misma atracción. Barajó con cuidado y le pidió que cortase por la mitad—. Formula tu pregunta.

—¿Voy a encontrar el amor en Stormy Crown?

Hala, sin miedo, sin paracaídas, sin nada.

Audrey sacó tres cartas: el as de corazones, el tres de picas y el siete de tréboles.

—Es que he conocido a una chica... No sé, no me hace mucho caso, pero yo lo intento —comenzó a decir antes de que ella pudiera dar su respuesta—. Quizá pensar en amor sea algo muy ambicioso, dadas las circunstancias. Pero sí me gustaría, no sé, pasar de la amistad...

—¡No! Aquí dice claramente que en Stormy Crown no encontrará el amor, señor.

—Bueno, ella vive en las afueras. Lo mismo por eso fallan. Pero veo un as de corazones, ¿qué significa sino amor verdadero?

—Indigestión.

—¿Indigestión?

—Indigestión por tener demasiado ego, eso significa.

—Buah, *madame* Audrey no dispara con balas de fogueo. Eso ha dolido...

—Han sido las cartas, no yo.

—Claro...

—Pues creo que nuestro tiempo ha terminado.

—Solo una cosa más, por favor. —Liam sacó un sobre, uno que habría comprado a Pam antes de entrar—. Me gustaría saber si lo que pone aquí me cambiará la vida para siempre.

—Por supuesto, y nunca fallamos —dijo con mucha seguridad. Pues, por el sobre y por una rozadura en la esquina, sabía perfectamente qué ponía dentro.

—«Adoptarás una cabra».

—Esperemos que sea cariñosa, dicen que algunas dan cabezazos y muerden.

—No me gustan las cabras —refunfuñó.

—El futuro ha hablado, señor. Espero que le ponga un buen nombre.

Se levantó, todavía con cara de asombro, pero antes de marcharse no pudo dejar que ella tuviera la última palabra.

—Se llamará Madame Audrey. Es lo justo.